

LOS PROBLEMAS DE LA TRADUCCIÓN. LA CORRESPONDENCIA EPISTOLAR ANTE ESTOS PROBLEMAS

María del Pilar SAIZ CERREDA

Universidad de Burgos. Departamento de Filología
de la Facultad de Humanidades y Educación

1. UN PASEO POR LA HISTORIA DE LA TRADUCCIÓN

Si de verdad queremos estudiar los problemas de la traducción, nos parece oportuno hacer un breve repaso histórico de lo que ha supuesto esta actividad en todas las culturas. Sólo así no decaerá nuestro ánimo cuando nos enfrentemos a los problemas que plantea y veremos que es un tema de gran actualidad siempre que exige, acorde con la importancia que tiene, una preparación adecuada por parte de quienes se dedican, o quieren dedicarse, a ello.

El origen de nuestra cultura, de nuestra civilización, está estrechamente vinculado a la actividad traductora. Nos adentramos, por tanto, en un campo de importancia capital.

En el mundo se traduce desde hace más de 4000 años, cuando los acadios pasaron a su lengua obras de la literatura sumeria. Horst Hina decía que la historia de la traducción «no constituye otra cosa que el recrear la historia espiritual de Europa, cuya cultura, nacida en gran parte de la traducción, representa uno de esos contenidos que superan las lenguas individuales en su particularidad» (Santoyo, 1985: 16). Nada tan sencillo, como el hecho de poder comunicarse con hombres de otras culturas, de poder acercarse a ellos y a su lengua, motivó la aparición del oficio de traductor.

Así, el primer traductor conocido, Livio Andrónico, tradujo del latín la *Odisea* de Homero, en el siglo III a. de C. Desde él, todas las lenguas y literaturas occidentales han dado sus primeros pasos por los caminos de la traducción. Veamos someramente el caso del antiguo Esloveno: los testimonios escritos más antiguos son traducciones bíblicas que S. Cirilo y S. Metodio, en el siglo IX, hicieron del griego por encargo de un príncipe eslavo. Lo mismo nos ocurre con otros idiomas, como el Gótico, ya desaparecido, del que no tendríamos constancia a no ser porque el obispo arriano Ulfilas tradujo del griego a este idioma, en el siglo IV, partes del Antiguo y Nuevo Testamento. Otro tanto se podría decir de idiomas como el Lituano, el Letón... así como de los más cercanos a nosotros, el inglés, francés, español...

El auge de la actividad traductora está estrechamente vinculado a determinadas circunstancias históricas. El hundimiento del Imperio Romano provoca la ruina de las ciudades y de la cultura en todo el Occidente cristiano. Sólo la Iglesia mantiene la cultura, pero en decadencia. Europa entera está empobrecida, su cultura es igualmente pobre, algo que contrasta con lo que ocurre en Bizancio y la zona del Islam, que gozan de una gran prosperidad material y cultural. Pero, sin embargo, a partir del siglo XI, se produce un cambio trascendental para la lengua: las ciudades renacen, la población crece, la economía se revitaliza y nace un espíritu de reconquista de los niveles sociales y cultu-

rales antiguos; el comercio es pujante y esto facilita el contacto con otros pueblos, lenguas y culturas. A ello hay que sumar que desde occidente se organizan expediciones hacia el mundo oriental para participar en las Cruzadas. De esta manera se posibilitan los intercambios entre ambas culturas en los ámbitos económico e intelectual. La ciencia árabe supera a la de la cristiandad. Además, los árabes poseían bibliotecas muy ricas que atesoraban la mayor parte del saber griego y habían extendido estas ciencias hasta los confines del imperio musulmán, en particular, a España, que se convierte en foco de atracción para los sabios occidentales. Cuando la ciudad de Toledo es conquistada por los cristianos en el siglo XI, pasa a ser foco del saber, a través de las traducciones de textos árabes.

Poco a poco se crean grandes ejes comerciales entre los Países Bajos, Inglaterra, Alemania y el Mediterráneo y surgen grandes ferias en Champagne, Troyes y Provins, que serán en el futuro grandes centros literarios.

Vemos, por tanto, cómo el contacto entre lenguas diversas propicia el deseo de comunicarse y por tanto, la aparición de las traducciones. Y centrándonos en el territorio francés, ¿qué ocurría allí? Desde el siglo VI llegan los primeros relatos hagiográficos de origen bizantino y siríaco que son traducidos al latín. Con el paso del tiempo ya no se traducirán al latín sino a la lengua vulgar. Es lo que ocurre en el siglo IX, cuando Nithard, nieto de Carlomagno, escribe una historia de las disensiones de los hijos de Luis el Piadoso. Está escrita en latín, pero en ella, Nithard incluye la traducción francesa de los *Juramentos de Estrasburgo*, que Carlos el Calvo y Luis el Germánico pronunciaron el 14 de febrero del año 842. Desde entonces, la actividad traductora será incesante y hacia 1210, se hace, para Blanca de Champagne, una traducción al francés de las *Vitae Patrum* latinas, como también de colecciones de sentencias, apólogos y leyendas de origen oriental. O las traducciones al francés de libros de la Biblia, a lo largo del siglo XII, como los del Pentateuco, Jueces, Reyes, Macabeos, Jonás, Job... En esos momentos la literatura francesa empieza a ejercer su influencia por Europa, gracias a las traducciones que se hicieron al alemán de poemas franceses perdidos, o las que se hicieron al noruego de cantares de gesta franceses, que en Francia se perdieron y que mandó traducir el rey de Noruega: el *Karlamagnus Saga*.

Podríamos enumerar muchos más ejemplos, pero nos parece que con lo que hemos referido, nos hacemos una idea del alcance de esta tarea, tan importante «para el progreso humano en general y para la estima y comprensión entre los pueblos que hablan distintas lenguas», utilizando las palabras de Carmelo Distanto (García Yebra, 1994: 267).

Un último dato debemos añadir para completar nuestro repaso. Atañe a los traductores. Desde Livio Andrónico han sido muchos y muy importantes los personajes que se han dedicado a este oficio. Baste señalar a algunos de ellos para estimularnos en tan alta empresa: Cicerón, Horacio, San Jerónimo, Dante, Erasmo, Étienne Dolet, Du Bellay, Lutero, Montesquieu, Chateaubriand, Goethe, Schlegel, Humboldt, Mallarmé, Valéry Larbaud, Gide, Croce, Fray Luis de León, Menéndez Pelayo, Ortega y Gasset...

Si la traducción aparece en el momento en que los hombres de distintas culturas empiezan a relacionarse, propiciando la consolidación de éstas (en todos sus aspectos) y contribuyendo al nacimiento de la literatura; si a ello se han dedicado personajes muy

ilustres, quiere decirse que tiene mayor alcance de lo que a simple vista puede parecer. Esto nos lleva a pensar y profundizar en el significado de la palabra traducir.

2. ¿QUÉ SE ENTIENDE POR TRADUCIR? ¿QUÉ ES UNA TRADUCCIÓN?

Si nos atenemos a lo que el *Diccionario de la Real Academia* entiende por traducción, no encontramos datos de interés que nos ayuden en nuestro propósito, puesto que se limita a definirlo, bien como la «acción y efecto de traducir», bien como la «obra del traductor» o como la «interpretación que se da a un texto».

Con parecidas palabras lo define el *Diccionario Larousse*, pero, sin embargo añade una acepción interesante, pues dice que es la «enunciación en otra lengua (lengua meta) de lo que se ha enunciado en una lengua (lengua origen), conservando las equivalencias semánticas y estilísticas».

La traducción es una actividad humana universal, necesaria en todas las épocas debido a los contactos entre comunidades de lenguas diferentes».

Esto viene a corroborar y apoyar lo que ya hemos dicho en nuestro repaso del epígrafe anterior. Además, esta definición de traducción como proceso está en la línea de los trabajos de algunos estudiosos del tema y es precisamente, lo que llama la atención. Contrastémoslo con la definición que se recoge en el *Dictionnaire de Linguistique*, dirigido por Jean Dubois: «*traduire* c'est énoncer dans une autre langue (ou langue cible) ce qui a été énoncé dans une langue source, en conservant les équivalences sémantiques et stylistiques». Vemos que se trata de la misma definición.

Ésta no está lejos de la definición que un investigador como Nida nos da del tema. Para él la traducción «consiste à reproduire dans la langue réceptrice le message de la langue source au moyen de l'équivalent le plus proche et le plus naturel, d'abord en ce qui concerne le sens, ensuite en ce qui concerne le style» (García Yebra, 1994: 381).

Las dos últimas definiciones nos van arrojando un poco más de luz y en ellas nos fijaremos cuando expongamos distintos problemas a los que hemos de enfrentarnos en la práctica concreta. Con todo lo que hemos dicho podemos concluir que será una traducción más adecuada la que, como bien explica García Yebra, «mejor reproduzca el contenido del texto original y la que más se aproxime a su estilo» (García Yebra, 1994: 389). He aquí, condensados en una sola frase los requisitos necesarios para valorar una traducción y para iniciarla.

Estamos, por tanto, ante algo que no es nada fácil y que no es posible realizar sin una preparación adecuada. Exige rigor por parte de quienes se dedican a ello. Y debe ser así porque la traducción, tomando las palabras de Georges Mounin en *Los problemas teóricos de la traducción*, se encuentra «en el punto de intersección de varias ciencias –especialmente de la lingüística y de la lógica, sin duda de la psicología y con certeza de la pedagogía» (Mounin, 1977: 25). Podrá ocurrir, como excepción, que una persona sin conocimientos profundos de estas ciencias, llegue a obtener un resultado positivo en una traducción, pero no será lo más corriente. Si gente tan avezada y tan experimentada, como los traductores ya citados, reconocen la importancia de una buena formación, no seremos nosotros quienes lo neguemos, sino al contrario.

Estas definiciones que hemos recogido y las opiniones de los estudiosos acerca de la traducción, lo que hacen no es sino ponernos en guardia ante la existencia de unos problemas reales, que un poco más adelante vamos a tratar de ilustrar en su aplicación práctica. A su vez, estos estudiosos, con sus definiciones y opiniones sobre la traducción, se oponen y rechazan una teoría que siguen algunos filósofos y literatos. Creemos que es necesario, al menos, hacer un pequeño comentario al respecto, pues se trata del primer obstáculo a la práctica de la traducción.

3. LOS PROBLEMAS DE LA TRADUCCIÓN

3.1. ¿Imposibilidad de traducir?

La primera cuestión que debemos resolver cuando nos enfrentamos a la práctica de la traducción es si es posible o no traducir, ya que algunos intelectuales han planteado esta posibilidad, llamada el *solipsismo lingüístico*. Los partidarios de tal teoría insisten en la imposibilidad de cualquier traducción y es la primera objeción que se ha estado haciendo a la hora de obtener resultados positivos en el momento de traducir y de enfrentarnos a los problemas sintácticos, morfológicos, semánticos... de las lenguas sometidas a estudio (en el caso que nos ocupa, la traducción del francés al español).

Los partidarios del solipsismo echan por tierra el postulado de los antiguos sobre que todo se puede comunicar inmediatamente, debido a «la unidad de la experiencia humana, (...) la identidad de la experiencia humana, (...) la universalidad de las formas del conocimiento» (Mounin, 1977: 200). El rechazo a esta idea de los antiguos se puede ver perfectamente recogido en la siguiente fórmula expresada por Nicolás Rubakín, discípulo de Humboldt: «Es indispensable deshacerse de la idea demasiado extendida de que cada libro posee un contenido que le es propio, y que ese contenido puede ser transmitido, en el momento de la lectura, a cualquier lector» (Mounin, 1977: 202).

Sin embargo esto no debe alarmarnos, pues nos parece que esta teoría llevada al extremo, no tiene validez y cae por sí sola.

Han sido suficientes algunos sencillos razonamientos para demostrar que es posible traducir y además, con garantías y resultados, acercándonos a lo que García Yebra llama una traducción «adecuada».

En primer lugar, hay que tener en cuenta que la experiencia cotidiana nos demuestra que es posible entenderse, comunicarse y alcanzar un grado de comprensión muy elevado, entre personas de lenguas distintas. Eso es, precisamente, lo que se ha hecho en el mundo desde el principio. Es decir, que los pensamientos y conceptos de una lengua se pueden reproducir en otra. En consecuencia, es posible traducir, no sólo porque existen personas bilingües que entienden las dos lenguas y traducen textos de una a otra, sino porque la capacidad de adquirir niveles muy altos de competencia y fluidez en segundas lenguas, en muchas personas, es un fenómeno corriente y constatado, como defienden Schleicher, Hatim y Mason, entre otros y que nosotros apoyamos.

Recurriendo a los argumentos de autoridad nos encontramos que el mismo Aristóteles reconocía la posibilidad de la traducción con un razonamiento muy breve. Le bastaron cinco palabras: «lo acontecido es evidentemente posible» (García Yebra, 1994: 309). Otro personaje de gran peso en estos asuntos, como Ortega y Gasset, reconocía que si nos centrábamos demasiado en los aspectos concretos (morfológicos, sintácticos; gramaticales, en suma) que separan a las lenguas, el pesimismo se apoderará de nosotros y no veremos posibilidad alguna de traducir. Pero añadía que es una impresión falsa, como bien acabamos de comprobar. Decía también que lo único que pueden hacer estos problemas es impedir que alcancemos una traducción *perfecta*. Que sea él mismo quien nos lo explique: «¿hay alguna actividad humana, alguna empresa de hombres que sea perfecta? Si tuviéramos que renunciar a todo lo que no podemos hacer con perfección, tendríamos que renunciar a la vida misma, porque tampoco vivimos de una manera perfecta. Pero los actos humanos no sólo son aceptables, sino excelentes, si se realizan lo mejor posible. A esta calidad debemos aspirar también en la traducción. El traductor debe tener siempre el propósito de traducir del mejor modo posible. Si lo consigue, será un traductor excelente» (García Yebra, 1994: 309).

En definitiva, no sólo no es imposible traducir, sino que se pueden obtener resultados positivos. Pero lo que no podemos olvidar es que existen unos problemas evidentes a los que el traductor se enfrenta; problemas que han apuntado los partidarios del solipsismo. Esto hace que nos centremos en la figura del traductor para ver de qué manera podemos resolverlos y nos lleva asimismo a acotar el terreno, el campo que el traductor debe recorrer. El dominio que abarca la traducción es vastísimo y abarca todas las facetas y actividades que el ser humano es capaz de llevar a cabo: economía, ciencias, técnica, artes, literatura... No es posible estudiar todo al mismo tiempo y por ello, nos hemos decidido por un campo que consideramos un poco especial en relación a los demás: el literario.

3.2. La traducción de textos literarios. La correspondencia epistolar de los autores literarios

Hemos elegido la figura del traductor enfrentado a textos literarios, o para resumirlo, la figura del traductor literario. Si bien, y es de dominio común, como dice Fowler, el límite entre lo literario y lo no literario es artificial¹, ya que los textos, todo tipo de textos, literarios incluidos, son considerados como una «transacción comunicativa que tiene lugar en un marco social determinado» (Hatim y Mason, 1995: 12), sin embargo, nos parece que la traducción de textos literarios presentan unas dificultades mayores² que, grosso modo, la de textos no literarios (científicos, técnicos...), a veces

¹ No queremos entrar en la polémica sobre este asunto, ya que no es competencia de este trabajo. Aun siendo conscientes de que se trata de un límite bastante relativo, nos vamos a quedar con esta designación de textos literarios para centrar totalmente el trabajo y para que sea de más fácil comprensión.

² Tampoco aquí haremos casuística, pues deberíamos hacer referencia a otro tipo de textos, como los publicitarios, que participan de muchos de los procedimientos empleados por los textos literarios. Sencillamente dejamos constancia de este dato, como una objeción que se nos podría plantear.

superiores cualitativamente. Esto es debido a lo que García Yebra explica como «la tendencia propia de los lenguajes especializados, y en general, del lenguaje de la ciencia, a la internacionalización» (García Yebra, 1983: 40-41).

Hay que decir que una de las características de los textos literarios es que, en ellos, entra en juego, en general, en su más alto grado, la *creatividad* (utilizando la palabra empleada por Roland Barthes), que proporciona una versión alternativa del mundo real. Esta idea lleva a Beaugrande y a Dressler a definir el texto literario como «un texto cuyo mundo descansa por principio en una relación de *alteridad* con la versión aceptada del *mundo real*» (Hatim y Mason, 1995: 146). Se podría resumir diciendo que la creatividad y la función poética dominan en este tipo de textos.

Pero si además, dentro de la literatura, abordamos la correspondencia epistolar mantenida por un autor, no sólo nos encontraremos con esa creatividad y función poética, igualmente presentes en las cartas, sino que la función emotiva, la afectividad, la función apelativa y todo lo que conlleva el lenguaje directo, aparecen en un destacado lugar. Así pues, las cosas se complican en este punto.

Desde esta perspectiva vamos a recorrer algunos de los obstáculos que se le plantean al traductor.

Ahora sí tendría sentido decir como Edmond Cary que «para traducir a los poetas hay que saber mostrarse poeta» (Mounin, 1977: 29); a lo que añadiríamos que el traductor debe jugar con todas las potencias y facultades humanas para plasmar el contenido del texto original (carta) en la lengua de llegada.

Garcilaso de la Vega –como también Fray Luis de León– nos ponía ya sobre la pista de los problemas que podríamos encontrar, pues «es tan dificultosa cosa traducir bien un libro como hacerlo de nuevo» (García Yebra, 1983: 69).

Estos obstáculos se le presentan al traductor en las dos fases de su tarea: la de la comprensión del texto original y la de la expresión del texto en la lengua de llegada. En efecto, «el traductor debe aspirar a decir todo y sólo lo que el autor original ha dicho, y a decirlo del mejor modo posible» (García Yebra, 1983: 135). En esta breve fórmula se condensan las reglas fundamentales de toda buena traducción, para que sea considerada como tal: «que el texto traducido tenga sentido, que transmita el espíritu y manera del original, que posea una forma de expresión natural y fluida y que produzca una reacción similar en el lector» (Hatim y Mason, 1995: 28), como apuntábamos en la definición. Su aparente sencillez no debe ocultarnos que tiene importancia capital y trascendencia lo que en ella se expone.

Son estas reglas, precisamente, las que vamos a aplicar a los textos y ejemplos que hemos seleccionado, sacados de la correspondencia epistolar de Antoine de Saint-Exupéry³. Abordaremos los problemas en las dos fases de la traducción, como hemos expuesto.

³ Hemos elegido la correspondencia de este autor por varias razones. La primera por ser un autor de nuestro tiempo, del siglo XX, de gran actualidad, ya que se cumplirá el centenario de su nacimiento dentro de unos pocos meses. La segunda porque los textos de sus cartas son, en no pocas ocasiones, de gran belleza literaria y pueden ser considerados pre-textos de sus libros, esbozos de éstos. La tercera, por su variedad misma. Los ejemplos están sacados del libro: Saint-Exupéry, A. de (1994), *Oeuvres Complètes*, Paris, Gallimard.

3.3. Las dos fases de la traducción en la correspondencia de Antoine de Saint-Exupéry.

Vayamos paso a paso. En la primera fase de la traducción nos encontramos con la necesidad de comprender exactamente el texto original o, en su defecto, será necesaria la mayor aproximación posible. Georges Mounin nos alertaba ante la evidencia de que muchas traducciones mediocres provenían de que el traductor no había captado toda la «substancia del contenido» y, por tanto, se quedaba incompleta. Esto le puede suceder al traductor con extrema facilidad cuando se enfrenta a una carta, ya que rápidamente será consciente de que las palabras empleadas no tienen un único significado, como ocurre en el lenguaje científico, altamente denotativo, sino que están cargadas de subjetivismo, de plurisignificaciones, de connotaciones, en suma, que dificultan su comprensión.

Ilustrémoslo con algún ejemplo. Cuando Saint-Exupéry emplea en sus cartas la palabra «mélancolique», no da igual que se trate de una carta que escribe en el año 1914, cuando tiene 14 años, que cuando la escribe en 1940, con 40 años. El tono cambiará profundamente. En un caso se tratará de un sentimiento de melancolía sin más, mientras que en el otro se tratará de un sentimiento de profunda tristeza que invade su vida y que impregna el contenido de todo lo que escribe en el resto de la carta. Si en la fase de la comprensión, no acertamos a captar estos dos matices diferentes, la exposición que hagamos variará el tono de las cartas y así distarán en gran medida del tono y significado que el autor había querido mostrar en cada carta. Como consecuencia, la captación del mensaje no será igual si se toma en un sentido o en otro.

Veamos el siguiente caso: Hacia 1927-1928, cuando Saint-Exupéry escribe desde el Sahara, donde trabaja, habla de su «cellule monacale». No quiere decir que viviera en un convento, pues es lo primero que se nos viene a la mente, sino que vivía en el desierto, en unas condiciones materiales que se acercaban bastante a la vida de un monje, por la sobriedad, el desprendimiento de todo, con lo necesario tan sólo, sin lujos ni comodidades.

Cierto es que esto requiere, por parte del traductor, una tarea previa de documentación, de recopilación de información acerca de la persona cuyos textos está traduciendo o tiene intención de traducir (de Antoine de Saint-Exupéry). Exige, a su vez, un conocimiento básico de las obras del autor, ya que así captará con mayor rigor aquello que el autor escribe en sus cartas, como en este caso.

Es decir, que para poder acceder al significado exacto o más aproximado, el traductor tiene que saber manejar el significado pretendido, presupuesto e implicado; en una palabra, captar con toda amplitud lo que el autor dice.

El traductor se convierte en primer lugar en lector, que se debe empapar del contenido del mensaje, llenarse de él, sin dejarse llevar por la improvisación o la gratuidad, pues hemos visto los resultados tan dispares que se pueden llegar a producir con respecto a los textos originales y que cambiarían radicalmente, el tono o significado en la traducción.

Es al traductor al que le compete superar las barreras lingüísticas, culturales, con las que choca en el texto. En este caso es muy palpable. Es cierto que no hay grandes

barreras entre la cultura hispana y la cultura gala, tan próximas como están en el espacio y en su origen. Pero bien es cierto, que cuando Saint-Exupéry escribe desde el desierto o desde Senegal, las cosas se tornan en ocasiones un poco más costosas, ya que cuenta aspectos de la vida de allí, que no son cercanos a los nuestros. Por ejemplo, cuando habla de un «rezzou» no nos resulta fácil acceder a su significado⁴. El primer paso consistirá en solucionar la duda que su sentido plantea. No se puede dejar a la improvisación que asuma un papel que corresponde a la investigación.

Sólo de esta manera, si se capta el significado ampliamente, aun sabiendo que «ningún lector puede captar en su totalidad, en todos sus matices, en todas sus vibraciones, el mensaje» (García Yebra, 1983: 129), sólo así, el lector-traductor podrá luego transmitirlo con mayor posibilidad de aciertos, muy cerca también del tono empleado por el autor. En consecuencia, se perderán menos detalles los lectores de dicha traducción.

Es ésta una cuestión clave y habría que incidir en el hecho de que lo importante es que el traductor, primero –luego, el lector- entienda el significado que el autor ha querido dar. Sobre ello insisten Hatim y Mason. Para ellos, lo que el lector debe hacer es «construir un modelo de la intención comunicativa del hablante o escritor» (Hatim y Mason: 1995: 122). Si el traductor lo consigue, será mucho más fácil que el lector llegue a ello después.

Una vez captado el significado del texto, el traductor se deberá centrar en lo que el autor *ha pretendido* decir al destinatario de la carta, para poder trasladarlo a los lectores actuales. Es decir se inicia el proceso hacia la segunda fase: la de la expresión.

Si profundizamos ahora en este segundo aspecto deberemos decir, en el caso que nos ocupa, que no basta con que el traductor reproduzca al detalle los recursos estilísticos empleados por Saint-Exupéry en la composición de sus cartas (que, a su vez variarán si se trata de una carta que dirige a un amigo de confianza, o a su madre, por citar dos casos; o si la escribe en un período de su vida o en otro). El traductor tiene que conseguir que el lector se aproxime lo más posible a la reacción del destinatario original, salvando las distancias, podríamos decir. ¿Por qué? Porque el lector actual no tiene una relación personal, de íntima confianza con el autor y porque el traductor tampoco tiene a su alcance descifrar aquellos detalles que, por lo general, quedarán en penumbra al pertenecer al secreto de la vida más privada del autor y su correspondencia y que, por tanto, no puede trasladar.

Pero, dejando al margen estos inconvenientes, el traductor debe conseguir, al menos, que el lector capte los sentimientos afectivos, las emociones, los aspectos volitivos... que el autor transmite implícita o explícitamente en las cartas. Esto es lo que ocurre cuando Saint-Exupéry introduce, por ejemplo, ironías, bromas, metáforas, juegos de palabras y de alusiones con sus destinatarios. El problema que nos plantea es el siguiente: ¿qué se debe hacer, una traducción literal de lo que dice y dejar esos mismos juegos de palabras, o metáforas, con la consecuencia inevitable de que en la lengua de llegada (el español en este caso), pierdan fuerza? ¿No sería más conveniente omitirlos o susti-

⁴ Se refiere a las guerrillas moras rebeldes, que muchas veces atacaban, por lo que debían tener mucha precaución y estar alerta.

tuirlos por otros nuevos...? En realidad, la gran dificultad estriba en la «transmisión de los valores afectivos», como bien escribía Georges Mounin (Mounin, 1977: 214).

Llegados a este punto, creemos que no es tan importante en la traducción, llegar a una «correspondencia formal» con el texto original, como conseguir una «equivalencia dinámica» (García Yebra, 1983: 54) que, partiendo del significado pretendido por el autor, intenta trasladarlo a la lengua de llegada, utilizando los medios necesarios para que el lector tenga una reacción más próxima a la del destinatario original.

Vamos a analizarlo con el siguiente ejemplo: Cuando Saint-Exupéry le escribe a un amigo: «tu seras peut-être capable de faire le tonnerre, mais tu ne serais jamais foutu de faire les éclairs», transcribiéndolo de la carta en la que le cuenta lo que escucha en la fábrica donde trabaja –por entonces tiene 24 años-, el traductor debe situarse primeramente en ese ambiente; a continuación, debe llegar a captar lo que Saint-Exupéry ha querido decir con esa frase; por último, después de haber comprendido el mensaje debe tratar de trasladarlo con la mayor perfección y exactitud posible a la lengua de llegada.

En efecto, lo que no tendría sentido sería intentar «establecer una correspondencia entre las palabras de la lengua de llegada y las del texto original sin considerar en su conjunto la visión del mundo mantenida por el escritor» (Hatim y Mason, 1995: 14). Es decir, que lo que estos dos autores pretenden explicarnos, aplicándolo a este caso concreto, es que el traductor, situándose en ese ambiente y una vez conocida la forma de vida del autor allí, habiendo alcanzado el significado pretendido del autor de la carta, tiene que plasmarlo en español. Para esa tarea empleará las palabras necesarias, las que mejor reflejen esa situación.

Intentemos ver las consecuencias en la traducción de no seguir los consejos citados. Ante los resultados obtenidos, deberíamos rechazar radicalmente la traducción literal. No tendría lugar un tipo de traducción palabra por palabra, porque nos dejaría indiferentes, no suscitaría en nosotros ninguna reacción (o si la suscitara sería para su rechazo, precisamente). La traducción literal nos dejaría una frase más o menos del tipo: «Quizás seas capaz de hacer el trueno, pero no serías nunca capaz de hacer los relámpagos». Si nos encontráramos ante esto, ¿podríamos llegar a sacar alguna conclusión en lo que al significado se refiere? Dudamos de ello.

Por tanto, no debe el traductor dejar paso a la arbitrariedad, eligiendo el camino más fácil y cómodo, sino al contrario. Deberá seleccionar y encontrar el cauce adecuado para la exposición clara de la idea del autor. Lo más correcto sería, pues, utilizar una expresión que, en español, mantenga también esa carga emocional, que produzca un efecto análogo, algo como «por mucho que atices no encenderás el fuego»⁵. Antes de llegar a esta decisión, el traductor ha tenido que dilucidar entre posibilidades varias, ya que ha tenido que buscar algo que, dentro de los límites de lo posible, pudiera mantener una asociación de dos ideas contenidas en la expresión original: la del hecho de echar broncas a los compañeros, de sembrar cizaña, por parte de uno de los trabajadores de la empresa y la idea de que ese compañero no va a conseguir que el asunto vaya

⁵ Con las traducciones que planteamos no queremos decir que sean las mejores, sencillamente estamos planteando una posibilidad. La traducción no es una ciencia exacta y la lengua tiene una flexibilidad que nos permite jugar y hacer la selección que nos parece más oportuna.

a mayores, no va a pasar de ahí (como se diría en un lenguaje familiar). Partiendo de este dato, hay que acercarse lo más posible, en la lengua de llegada, en lo que se refiere al contenido. O lo que es lo mismo, decirlo del mejor modo. Esto obliga al traductor a buscar en español los cauces más adecuados para transmitirlo; le obliga a seguir profundizando en los medios de expresión de que dispone, al tiempo que se sitúa en el contexto del autor. Esta posibilidad que ofrecemos reúne las dos asociaciones de ideas.

En suma, podemos ver que el traductor se encuentra en el medio, es el vehículo de acercamiento de dos situaciones distintas, de dos universos diferentes, el del autor (y por qué no también, en el caso de las cartas, el del destinatario, juntamente con el del autor) y el del lector del momento.

Pero el tema da para mucho más, pues algo parecido nos ocurre con la siguiente expresión empleada por Saint-Exupéry en sus fórmulas de saludo en las cartas: «Mon vieux poulet»⁶ (tanto para un amigo, como para su hermana...). De la misma manera que en el ejemplo anterior, debemos rechazar enérgicamente y descartar la traducción literal (¿acaso el español nos permitiría decir «pichón mío», «querido pichón» o algo parecido?). Si lo tradujéramos por «pichoncito mío», sólo tendría sentido en el caso de que la carta fuera dirigida a su novia o a una amiga, pero nunca en el caso de que se tratara de un chico (y esta fórmula nos la encontramos muchas veces dirigida a sus amigos). En español no sería válida ni aceptable, porque llevaría implícitas ciertas connotaciones que no aparecen en el original. Hay que decidirse, pues, por una opción que supere estos inconvenientes, amén de situarlo en el contexto adecuado para el lector.

Las posibilidades de traducción que podemos barajar son diversas. Una de ellas sería «hola colega», que el lector de actualidad entiende de inmediato y que identifica como una expresión perteneciente al lenguaje popular, empleada entre estudiantes y jóvenes que tienen una relación de amistad y no simple camaradería; o al menos, el grado suficiente de conocimiento que permite este tono de confianza.

Si, como ocurría en el caso anterior, por encima de todo buscáramos ser completamente fieles al texto original, la traducción perdería fuerza y claridad y daríamos a entender cosas que no son ciertas, pues la carga connotativa de las palabras no es igual en francés y en español; existen, en aquél, palabras que llevan implícitas connotaciones que en español no existen, y viceversa. Debemos prestar atención. Luego la fidelidad literal al texto original nos acarrearía problemas de gran envergadura, como es el de la infidelidad al sentido que el autor ha querido dar a su expresión.

Poco a poco, nos vamos dando cuenta de que enfrentarnos a la traducción de una correspondencia no es tan sencillo como en un primer momento podría parecer, pues en ella nos encontramos con elementos cuya traducción presenta unas dificultades añadidas, como hemos empezado a esbozar. Éstas ya no derivan sólo de los problemas de comprensión de ciertas situaciones más alejadas de nosotros culturalmente, que podríamos llamar, utilizando la terminología de Bloomfield, «rasgos macroscópicos» (Mounin, 1977: 214-218) y que se pueden solucionar consultando libros u otro tipo de documen-

⁶ Esto que vamos a explicar ahora se puede hacer extensible, igualmente, para el empleo de los diminutivos, aumentativos, elementos peyorativos, etc., que encontramos en sus cartas.

tos, que nos informen sobre estos aspectos desconocidos para nosotros. Para él, la dificultad más grande proviene de los que denomina «rasgos microscópicos» (Mounin, 1977: 214-218), y que son exactamente, aquéllos en los que estamos insistiendo, como los factores afectivos, volitivos, así como todas las variables que se producen en un hablante, peculiaridades de su forma de expresarse, de sus actos de habla propios. También éstos hay que saber transmitirlos. Al decir actos de habla propios, nos estamos refiriendo a algo tan sencillo como las ironías, juegos de palabras (para contar un chiste, por ejemplo, o para llamar la atención del destinatario de la carta, o un sinfín de razones más), coloquialismos, golpes cómicos, formas de expresión peculiares del autor... Estos aspectos tienen unos cauces lingüísticos en la lengua de partida que no coinciden con los de la lengua de llegada en muchas ocasiones. Con no poca frecuencia estos juegos de palabras serán intraducibles. El problema está planteado, pues ¿qué salida le queda al traductor, si tiene que transmitir también esa información?

Aun cuando el traductor sepa que su obligación es trasladar toda la información de una lengua a otra, es consciente, sin embargo, de que no se trata solamente de «transmitir los golpes originales a cualquier precio [sino que debe insertar] juegos de palabras de su propia invención en la lengua de llegada que no se hallan en el original. Lo importante es que la equivalencia de intención se ha mantenido» (Hatim y Mason, 1995: 256). Con estas palabras explican Hatim y Mason una posible salida del traductor ante estos casos y que nosotros compartimos plenamente.

Pero se nos plantea la posibilidad también, de ser fieles a lo que el texto dice, mantener una traducción más al pie de la letra (si el sentido nos lo permite en las dos lenguas), con la contrapartida de que se puede perder la viveza que el lenguaje directo de la carta lleva consigo; o bien, adoptar la actitud contraria, pensar que, probablemente, en lo que el autor ha querido insistir ha sido en el aspecto de espontaneidad, mostrando la lengua, de este modo, una gran viveza. Lo veremos mejor con las siguientes frases entresacadas de una carta que Saint-Exupéry, que tiene 17 años, dirige a un amigo suyo durante la primera Guerra Mundial⁷, en pleno bombardeo alemán, en el París de 1918. Le va contando paso a paso, casi minuto a minuto, la experiencia e impresiones de una noche bajo el fuego alemán, casi como un reportero que narra los hechos en directo: «Nous voilà habillés, on nous fait un petit sermon! “Tous en quinzième étude et ceux qui seront surpris dans les couloirs seront mis dès demain à la porte du lycée. Rompez!” (...) et nous écoutons le canon qui tonne de tous les côtés: un de ces chahuts! Sans arrêt, sans répit: *pan, pan pan, pan pan pan... pan... panpan.* (...) On se tait, et on regarde. Le canon tonne plus fort et tout à coup des fusées montent de tous côtés, les unes s'éteignent une fois en haut, les autres s'élargissent comme des couronnes et s'effritent en mille étoiles: c'est féérique! (...) Tu parles d'une explosion. —Oui, qu'est-ce qui a bien pu sauter? —Oh, mon vieux, quel grabuge, ça saute partout, ils visent bien, les c... (...)

⁷ La carta es muy extensa. Por ese motivo, no podemos reproducirla entera. Sin embargo hemos querido seleccionar unas frases que nos parecen más apropiadas para lo que estamos exponiendo. Somos conscientes de que esta limitación no nos permitirá, quizás, comprobar el alcance total de la explicación desarrollada hasta ahora, pero pensamos que, al menos, servirá para ilustrar este problema y entrever la importancia que tiene todo lo dicho.

Puis on se tait de nouveau et on regarde. Les fusées montent, les canons tonnent et les avions fourmillent toujours. De temps en temps un grand éclair et une explosion (...).»

Podemos ver cómo, para contarle esta experiencia, se sirve de interjecciones, onomatopeyas... además de un ritmo muy rápido y de un tono familiar. Estos factores contribuyen a insistir en la idea de que el autor quiere mostrar sus vivas impresiones de los acontecimientos, su expectación ante tales bombardeos y cómo no le importa lanzar un desafío a la suerte para poder estar en primera fila. Para él constituye una aventura y el riesgo no cuenta. Pues bien, la tarea del traductor será transmitir estas connotaciones de la mejor forma posible, respetando no sólo el sentido, sino siendo fiel al tono y ritmo originales.

Pensemos en las posibilidades que nos deja el español. La primera tentativa sería, en un primer momento, sustituir los presentes del texto por los tiempos pasados; así mostraríamos que se trata de un acontecimiento pasado, aunque sea del día anterior. Podríamos decir en la primera frase: «En cuanto estuvimos vestidos nos echaron un sermón». O como la última: «Después volvimos a callarnos y miramos por la ventana. Los cohetes subieron, los cañonazos retumbaron y el cielo parecía continuamente un hervidero de aviones...» Pero enseguida nos damos cuenta de que no es la mejor solución. Lo más conveniente sería utilizar los presentes, como en el texto original, para dar sensación de rapidez e inmediatez de los hechos. De igual modo no sería posible utilizar frases largas para explicar lo sucedido, porque cambiaría el tono del relato: se volvería pesado algo que es dinámico. Además, el español permite esta posibilidad de concisión y dinamicidad. Por ejemplo: tendríamos que omitir algún verbo repetido en el original y buscar otros equivalentes ya que su repetición entorpecería el desarrollo. Esto lo vemos reflejado en las frases anteriores que en francés tienen como verbo *sauter*. En español, para conservar todos los valores, emplearíamos algo como esto: «Madre mía, una explosión. –Sí, ¿qué habrá sido eso? –¡Ay, amigo mío, la que se ha armado! Todo está saltando por los aires, tienen buena puntería, estos c...». Así no obstaculizamos la calidad rítmica del francés. Lo mismo debemos decir para las interjecciones, exclamaciones, onomatopeyas del texto original. No podemos conservar las palabras francesas pues tanto las exclamaciones como la transcripción de los ruidos al español no coinciden con los de la lengua vecina. Para una bomba que explota no diremos *pan pan*, como en francés, sino ¡pum pum!

Los ejemplos se pueden suceder uno tras otro, pero para explicitar estas ideas que vamos comentando, lo mejor será recoger la traducción que ofreceríamos del texto francés y que ofrece una solución a los problemas planteados: «Nos vestimos y nos lanzan un discurso. “¡Todos a la sala de estudio quince y si pillamos a alguien por los pasillos será expulsado mañana del instituto. Rompan filas!” (...) y escuchamos los cañonazos que retumban por todas partes: ¡qué estruendo! Sin cesar, sin tregua: *pum, pumpum, pumpumpum... pum... pumpum*. (...) Nos callamos y miramos.. El cañonazo retumba con mayor intensidad y de repente, aparecen cohetes por todas partes; unos se apagan al llegar arriba, otros se abren como si fueran coronas y se rompen en mil estrellas: ¡es mágico! (...) “Madre mía, una explosión. –Sí, ¿qué habrá sido eso? –¡Ay, amigo mío, la que se ha armado! Todo está saltando por los aires, tienen buena puntería, estos c...”

(...) Después nos llamamos y miramos por la ventana. Suben cohetes, retumban los cañones; el cielo parece un hervidero de aviones. Cada poco un resplandor seguido de una explosión (...) ».

Es necesario insistir una vez más, debe prevalecer la intención del autor y la reacción que pretende provocar en el destinatario de su carta y trasladarlo, en consecuencia, con un estilo que no difiera mucho del empleado por el autor y que deje bien claro el primer presupuesto.

Pero no será posible comprender la intención del autor sin conocer con cierto rigor a qué personaje nos enfrentamos. Es condición obligada conocer un poco de su vida y obra, lo suficiente, al menos, para familiarizarnos con él. No puede efectuar la traducción de las cartas cualquiera. Con ello no queremos dar a entender que sea preciso conocer al detalle la cadena ininterrumpida de circunstancias, sentimientos, relaciones del autor, porque sería imposible y se invalidaría la práctica de la traducción. Basta con haberlo estudiado con cierto detenimiento. Ello nos facilitará la labor traductora de estas cartas o de otras. Como en ellas entran en juego dos personas concretas y el autor dará por supuestas muchas cosas que desconocemos, en el instante en que gaste bromas a su destinatario, o escriba cualquier frase ingeniosa, si antes el traductor ha efectuado esta tarea informativa, podrá trasladar a nuestra lengua española los textos franceses al menos, con más garantías. Sólo así el traductor se convierte en vehículo de transmisión del universo del autor al público lector.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Partiendo de unos ejemplos concretos, como las cartas de Antoine de Saint-Exupéry, tan variadas como la vida misma, hemos visto que es posible traducir una correspondencia epistolar si, previamente, se ha profundizado en el contexto del autor, en su universo particular. Quizás sea ésta la única manera que tiene el traductor de llegar a ser transmisor de las situaciones que cada carta plantea, así como de las alegrías, penas, emociones, afectos y sentimientos más íntimos del autor. Sólo un traductor imbuido del espíritu del autor podrá hacer frente a estos requerimientos y éste es el traductor de textos literarios, siempre estudioso de los universos de los autores y siempre analista de las lenguas en contacto.

Ante los diversos problemas que plantee la lectura de unas cartas en la lengua original, sabrá hacerlos frente, buscando ante todo, la intención comunicativa del autor y, teniéndola como prioridad, empleará los recursos necesarios de su propia lengua. El lector podrá comprender, de este modo, con un estilo que no difiera mucho del utilizado por el autor, que sea equivalente, lo que éste le dice.

Teniendo en cuenta estas condiciones, el traductor se superará ante tantas dificultades que la práctica concreta presenta. Además profundizará cada día en las posibilidades de las dos lenguas que tiene en contacto, ya que las cartas, si tienen una cualidad interesante, es la de que manejan todos los registros existentes en la lengua. La carta le ofrece la posibilidad de estudiar todos los campos que ésta abarca, lo que siempre es enriquecedor. Entonces sí es válida la actividad traductora.

Se han cumplido, por tanto, las reglas que ya dio Vicente García Yebra, gran traductor, para que una traducción sea adecuada. Ésta tiene que «decir todo y sólo lo que el autor original ha dicho, y decirlo del mejor modo posible» (García Yebra, 1983: 135).

La propia historia de la traducción, explicada intencionadamente en el primer epígrafe del presente trabajo, y los grandes traductores a lo largo de todas las épocas y a lo largo y ancho de este mundo, no hacen sino justificar y ratificar la grandeza de esta difícil tarea.

BIBLIOGRAFÍA

- Actas de los Encuentros en torno a la traducción II: Una realidad interdisciplinar* (1996): Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones Universidad de Alcalá de Henares.
- Actas de las Primeras Jornadas de Jóvenes Traductores* (1997): Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- ÁFRICA, M. C., y CLARAMONTE, V. (1995): *Traducción, manipulación, desconstrucción*, Salamanca, Ediciones Colegio de España.
- FROST, E. C. (1992): *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, México, Universidad Autónoma de México.
- GALLEGO ROCA, M. (1994): *Traducción y literatura: los estudios literarios ante las obras traducidas*, Madrid, Gijón, Ediciones Jucar.
- GARCÍA YEBRA, V. (1983): *En torno a la traducción*, Madrid, Gredos.
- (1984): *Teoría y práctica de la traducción*, Madrid, Gredos.
- (1994): *Traducción: Historia y Teoría*, Madrid, Gredos.
- HATIM, B., y MASON, I. (1995): *Teoría de la traducción. Una aproximación al discurso*, Barcelona, Ariel.
- LEFEVERE, A. (1997): *Traducción, reescritura y la manipulación del canon literario*, Salamanca, Ediciones Colegio de España.
- MORILLAS, E., y ARIAS, J. P. (1997): *El papel del traductor*, Salamanca, Ediciones Colegio de España.
- MOUNIN, G. (1977): *Los problemas teóricos de la traducción*, Madrid, Gredos.
- NEWMARK, P. (1992): *Manual de Traducción*, Madrid, Cátedra.
- SANTOYO, J.C. (1985): *El delito de traducir*, León, Universidad de León.